

Prólogo*

José García Nieto

No es fácil para un poeta –llamémosle así, provisionalmente–, menos para un crítico literario –llamémosle así por decir algo–, pararse detenidamente con un ángulo personal, con un punto de vista subjetivo –no hay otra manera de acercarse a una obra escrita– ante unos textos tan claros, tan evidentes, tan sólidos en el tiempo, mejor, que de tal manera se van solidificando en el tiempo. Haré, de todos modos, una afirmación: la labor del poeta puede parecer en principio distinta a la labor de un escritor como Mons. Escrivá, pero no está tan lejos en cierto modo.

Al acceder a la dinámica de este escritor, que apoya su mano con una pluma sobre una cuartilla, puede parecerme que es distinta, pue-

* Palabras pronunciadas con ocasión de la presentación de la edición de las *Obras completas* del Fundador del Opus Dei, acto celebrado en Madrid el día 13 de diciembre de 1988.

de parecer que el hombre que es autor o poeta sigue distintos caminos. El poeta, sobre todo hoy día, después de todas las vanguardias, de todas las novedades, de todos los excesos –*Extremos a que ha llegado la poesía* llegó a llamarse un libro publicado en Francia hace algunos años–, parece que tiene que alejarse, o que se aleja, voluntariamente muchas veces, inevitablemente otras, del lenguaje claro, del lenguaje evidente. ¿Qué tiene entonces esa prosa de Mons. Escrivá, que en cierto modo puede acercar a los poetas a ella, ya en primera instancia, y después calar en ellos como en unos cualesquiera, en un hombre cualquiera?

Recuerdo la impresión la primera vez que contemplé con mis ojos físicos un escrito de santa Teresa de Jesús. Yo había leído, naturalmente, a santa Teresa en el tiempo, en fragmentos; había leído su poesía toda, había leído esas cartas inconcebibles. Y a todo aquello que había hecho en mí ya una mella particular (me refiero al texto, me refiero a las ideas, si se puede hablar de ideas en los místicos como en los poetas, que eso nos llevaría muy lejos) se añadió la impresión que me hizo aquella letra regular, equilibrada, rápida, fusiforme muchas veces, combativa, que provenía de una mujer de aquella delicadeza, de aquel espíritu, aunque naturalmente de aquella energía también.

Esto me reafirma en una convicción: ante el texto de un hombre, de una mujer, de un creador sobre la tierra, lo que hay que preguntarse (si es posible, ya desde la inmediatez de sus líneas, desde el contacto vital de su caligrafía) es qué está buscando entregar de su entidad como ser que comunica al ser humano a quien van dirigidos sus escritos.

Aunque parece, repito, que hoy día los poetas vamos a veces por caminos distintos, divergentes del público en general; y, por otra parte, parece que el lector o la gente se aparta un poco de los poetas, porque no entiende bien aquello que los poetas quieren comunicarle, el poeta se encuentra con que en una primera lectura de Mons. Escrivá no aprecia otra cosa que, como los demás, claridad y resplandor.

En el caso de la poesía hace falta leer despacio, leer mucho, leer también a los poetas *difíciles* porque van más allá de su letra inmediata; pues cuando un poeta es muy claro, nos parece muy claro, hay que sospechar si de tal poeta podremos obtener un buen concepto, una buena idea. Desde esta perspectiva, habría que sospechar un poco de tanta evidencia, de *camino* tan claro, de *surco* tan bien abierto, de *forja* tan bien elaborada y pensada en el taller del creador que es Josemaría Escrivá.

Hablamos de minorías y de mayorías, y parece que todo escritor, todo comunicante, quiere

apartarse un poco de un lenguaje corriente para no ser vulgar, para no ser demasiado evidente, demasiado claro. Sabemos también qué otra cosa pesa en él; y es la casi necesidad de comunicación, de estar con los demás. En Mons. Escrivá ambas cosas están también juntas y no es muy difícil aun en principio, en una primera lectura, a partir de la vocación enorme de evangelización, de claridad que él tenía, dilucidar que el de comunicación ha sido el movimiento primero del ser creador que apoya su pluma en la cuartilla.

Hay veces que nos parece que aquello que leemos en Mons. Escrivá lo acabamos de oír un poco antes –al fin y al cabo, todos nos manejamos con un puñado de palabras que mal recogemos en la Real Academia Española–. Pero no es así como parece. No es tan fácil esa prosa fácil de Mons. Escrivá; se nos hace fácil justamente porque tiene la rara virtud de ahondar en nosotros por caminos que parece que están hechos a nuestro lado. Hay veces que dice alguien: «Esto lo tenía yo en la punta de la lengua». Pero no tenemos esas evidencias en la punta de la lengua; es en virtud de quien escribe bien, de quien escribe «nuevo», de quien escribe con una nueva potencia, por lo que aquello que se nos dice parece que nos lo han dicho un momento antes, pero que tiene una trascendencia para siempre por su pensamiento, por su voluntad de acerca-

miento a las personas, por su poder de hacernos seres humanos que en un momento determinado unimos nuestra palabra con la suya.

La claridad, así, puede ser también el camino del poeta, cuando es poeta de verdad, y, naturalmente, ahora me refiero al humano, porque pocas veces alguien puede pisar un poco más allá. A este propósito, hay un poema de Juan Ramón Jiménez evidente, magnífico que habla de la poesía. Dice:

Vino primero, pura,
vestida de inocencia.
Y la amé como un niño.
Luego se fue vistiendo
De no sé qué ropajes.
Y la fui odiando sin saberlo.
Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de hiel y sinsentido!
... Mas se fue desnudando
y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica
y apareció desnuda toda...
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

He aquí el hallazgo de la palabra, de la palabra suya para siempre, y, sin embargo, sencilla para que todos, después, en el tiempo, mucho tiempo después a lo mejor, la veamos fructificar en campos íntimos y propios. Esto es muy importante: el poeta de verdad se acaba por hacer sencillo, acaba por ganarse la poesía –ganancia de la muerte, decía Quevedo.

Esa es la palabra que ha ganado por la sencillez también Mons. Escrivá y lo que debemos hacer –lo digo, aunque, evidentemente, yo no soy un evangelizador y soy muy profano en todo esto– es sembrarla en terreno propio. Se trata de una semilla que, al igual que la buena poesía, fructifica de manera distinta en cada lector. No todos estamos sembrando en un campo común; sembramos en algo que se llama tierra, como sembramos en algo que se llama palabra, y eso, en definitiva, es una cosa que es propia de toda la comunidad, pero cada uno en su parcela la ve crecer de una manera distinta.

Mons. Escrivá nos habla de muchas maneras, de muchas maneras muy sencillas, pero que son siempre, evidentemente, importantes. Hace unos momentos se nos recordaba algo impresionante, contemplado desde un ángulo teológico, religioso, místico: «Amar apasionadamente al mundo» decía Josemaría Escrivá. Yo he perdido a mi madre hace muy poco tiempo. Perder a la

madre a los setenta años, cuando se es hijo único, es algo bastante serio –a alguien que me oiga aquí le habrá pasado y lo sabrá-. Mi madre, entre las cosas sabias que me decía –sabias todas como son las que dicen los mayores–, me decía, y no una vez, sino con insistencia: «se está bien aquí». Esas cuatro palabras de mi madre quizá me han calado más hondo que todas las demás buenas palabras que me haya dicho en la vida y que han edificado mi personalidad. Que, de pronto, una persona llena de achaques, de vuelta de todo, a la vejez ya, llena de dolores –«varona de dolores», daban ganas de llamarla– diga «se está bien aquí»; que en medio de este caos que estamos viviendo, del que tanto nos quejamos diariamente, alguien a tu lado, aquella figura humana tan caída ya, tan maltrecha, diga: «se está bien aquí», es para pensar mucho en la importancia de esto que Dios nos ha dado como vecinal.

Mons. Escrivá también nos ha enseñado esto en esos tres libros que ha escrito, en cuyos títulos está ya la condensación de todo su pensamiento; también nos ha enseñado a saber que se está bien aquí. Lo que pasa es que tanto en la palabra fácil, tanto en la palabra evidente como en aquella que no es tan evidente (que, a veces, también nos la proponen así) y en la que hay que bucear un poco más y mediante la que tenemos que esforzarnos en llegar un poco más allá, él

deposita además el secreto de toda la existencia y la cifra con la que podemos desvelar todas las claves de lo que nos rodea y que quizás no entendemos, no acabamos de entender.

Doy hoy gracias a Mons. Escrivá porque ha escrito como ha escrito; a ese Mons. Escrivá al que yo vi una vez –no sabía entonces que era él– por la calle de Santa Engracia donde yo vivía y que él frecuentaba el año en que fundó la Obra, el mismo en que yo vine a Madrid a terminar mi bachillerato. Gracias, Mons. Escrivá de Balaguer.